



# Ritualidades, **ancestralidades**, conflicto y patrimonialización: la muerte y sus ceremonias entre la gente afrocolombiana

Ramiro Delgado Salazar

Cuando la muerte llega se vuelve un evento congregador de múltiples energías, y la manera de vivirla tiene implicaciones profundas para el colectivo de personas que tienen algún tipo de relación cercana, o quizás lejana, con el difunto; es decir, la cultura y sus valores religiosos y espirituales dan pautas para entender los diversos rituales que genera el fallecimiento de un miembro de ese grupo humano. Es este momento de la vida de las personas, como de la comunidad a la que pertenece el fallecido, una experiencia llena de simbolismos, de ritos, de sentimientos de acompañamiento, de revitalización de lazos de parentela, de cercanía, de paisanía, son los tiempos de la colectividad y del afirmamiento del sentido que tiene el morir para un grupo específico.

Especialmente en la diáspora africana en Colombia, las diversas vivencias del proceso de morir llevan en su más íntima esencia “huellas de africanía” que llaman la atención sobre la importancia de la dimensión de cómo es entendida la vida y cómo es vivido el acto del morir en las sociedades africanas de donde procedieron las poblaciones afrocolombianas. Un claro sentido de la espiritualidad y de la trascendencia son los distintivos para la comprensión del ser humano. Un profundo sentido de sacralidad envuelve el día a día de la gente en las sociedades



Hernando Tejada, Sin título, 1948, [Cartagena-Providencia], dibujo a lápiz sobre papel, 17 x 21 cm, colección Museo de Arte Moderno de Medellín

africanas, un evidente sendero por el que los africanos y las africanas transitan desde el nacer hasta el morir, pues, de por sí y en sí, el ser humano africano existe en su experiencia de sacralidad, de trascendencia, de religiosidad.

En las sociedades africanas, ese ser humano se ubica primero en una ruta genealógica entre sus ancestros, sus antepasados, los mayores que ya no están en la vida presente y son la línea de su historia y de su identidad y el camino al culto a sus antepasados. Luego, se ubica en su



presente en el que debe siempre abonar, crecer en su sacralidad, en términos de ser humano, y, finalmente, debe no solo mirar al origen, a sus ancestros, y vivir un presente digno, sino proyectar el futuro tras su descendencia, con sus hijos e hijas, tras garantizar que tiene sentido celebrar a los mayores y vivir el hoy. Tras el suceso de la muerte de alguien, esas historias de ascendencias y descendencias se encuentran, se congregan, se reconectan. Siempre han sido estas ceremonias fúnebres en el continente africano motivo de atención para propios y extranjeros, ya que la abundancia, la intensidad, la sistematicidad de actos que allí se viven y su carácter colectivo y comunitario son, además, motivo para “exotizar”, desde miradas eurocéntricas este nodo estructural de la vida africana.

Son ritualidades de larga duración, de amplísima asistencia, casi obligatoria en términos de compromisos de acompañamiento, desde la enfermedad y la agonía, hasta la muerte, el velorio, el entierro, la novena, la última noche de la novena, y el cabo de año. Este es un encuentro, en torno a alguien que ha muerto, en el que otras maneras de entender el morir, las suyas, ponen, tanto el canto, como el baile, las músicas, las comidas, las bebidas y los juegos, como secuencias de vivencias, como liturgias vividas desde diversas ritualidades. A veces, estas prácticas han generado visiones tan estereotipadas sobre el momento de la muerte que hay quienes se han atrevido a decir que, tanto en África como entre la gente de su diáspora, en Colombia, el morir es una fiesta, que bailan y cantan, beben y comen para despedir a sus parientes, generándose así un estereotipo de una ritualidad sagrada altamente convivida y compartida entre los integrantes de la comunidad que de-

manda grandes compromisos y responsabilidades en lo presencial, en lo simbólico, en lo operativo, en lo comestible y bebible, en lo económico y en lo social.

Tanto en la gente de la diáspora africana en Colombia, como entre las sociedades africanas, este momento de la muerte es un nodo neurálgico identitario en el que, dado el sentido de sacralidad con el que viven estas sociedades, hay marcas de significado y de ancestralidad que hacen que la muerte sea un campo de expresión de la cultura en el que se siguen huellas de ese viaje entre continentes de africanos y africanas.

En las diversas regiones de Colombia con presencia de descendientes de africanos, las ceremonias fúnebres no dejan de tener el común denominador de lo anteriormente dicho para las sociedades africanas, acompañadas, aquí como allá, de los largos procesos transculturales generados por las expansiones, las dominaciones, las conquistas de otros credos y sus respectivos y diversos procesos de conversión en términos religiosos, económicos, políticos, territoriales, alimenticios, sexuales, entre otros. Estamos hablando de unas ceremonias fúnebres atravesadas por las diversas religiosidades que han dado forma a las actuales experiencias religiosas, tanto aquí en Colombia como allá en el continente africano, articulando, en el caso colombiano, elementos de la religión católica, de las religiosidades indígenas y de otras del mundo actual.

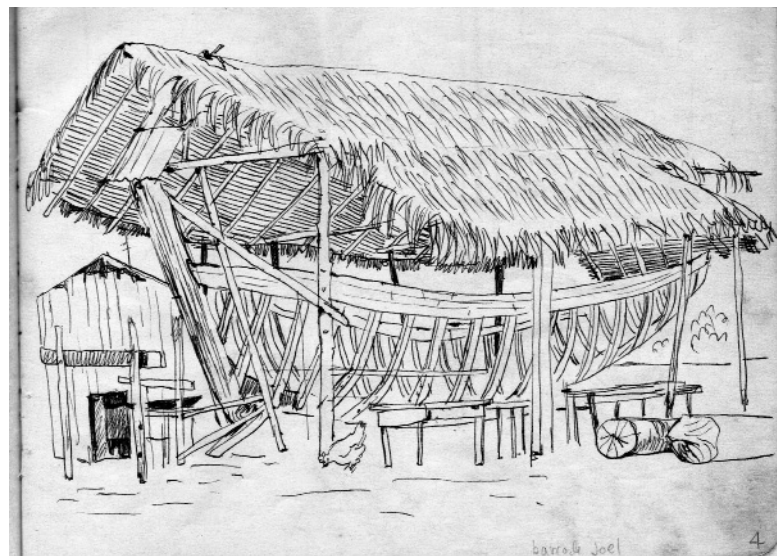
En cada contexto de presencia de afrocolombianos, sea rural o urbano, estas ceremonias ponen en evidencia las simbologías y ritualidades de su plural dimensión de lo sagrado frente a la muerte. Hay huellas de africanía en los rituales del



canto, del llanto, de los toques de tambor, en las simbologías que acompañan el altar del difunto y su novena, pero también marcas católicas legibles en simbologías, oraciones, imágenes y concepciones de la muerte, del cadáver y de su sentido alrededor de lo que viene después del morir.

La singular importancia del morir exige y demanda una obligatoria realización de los rituales indicados, en términos de cumplir un proceso para que los difuntos se ubiquen en el lugar adecuado en su propia cadena de antepasados. Las prácticas en torno al cadáver, el velorio, el entierro son actos cuyo cumplimiento da la tranquilidad de haber hecho lo debido, lo mandado, lo que siempre se ha hecho por la paz y tranquilidad de los “muertos que son vivos de otros mundos”. Sin embargo, el hecho de dar una mirada a la historia africana, a la historia colombiana de antes y de hoy, pone en escena momentos críticos en torno a los lugares que tienen las sociedades africanas y la gente afrocolombiana en el país o en los países africanos, tanto en las épocas de la colonización como de la Independencia, o en las de la globalización y el neoliberalismo, en las que tanto el acto de morir y el de la realización de toda la liturgia de los muertos se ve alterada, truncada, “exotizada”, estigmatizada, satanizada, prohibida y castigada; es decir, vemos un escenario en el que se han dado cambios y alteraciones en la ritualidad que han venido causando desasosiegos, crisis, y desarrollado patologías por la imposibilidad de cumplir el orden de lo real sagrado: la muy propia y sagrada vivencia del morir.

La actualidad en el mundo africano y en Colombia brinda circunstancias que dejan trancos procesos en torno al dar buen y bien morir y digna sepultura a los propios.



Hernando Tejada, Sin título, s.f., [Viaje a Mulatos], dibujo a lápiz sobre papel, 16 x 21 cm, colección Museo de Arte Moderno de Medellín

Dejan estas épocas caminos abiertos que generan desconcierto y un poco de desorden mental por lo complejo de esos cambios en torno a la muerte y a la necesidad de “vivirla”, de “vivir el duelo”; es decir, interiorizarlo desde el hacer y el acompañar. La imposibilidad de realizar el ritual a los muertos deja vacíos, deja agujeros peligrosos en torno a las concepciones, allá y aquí en Colombia, que, además, atentan contra el equilibrio y la vida de la comunidad. Es un doloroso presente de fosas comunes, de desaparecidos, de conflictos y guerras atravesadas por la realidad de la muerte de personas a las que los propios no pueden acompañar en el digno proceso de morir y ser enterrados. Lo anterior se debe también leer en la clave de las herramientas jurídicas como la Ley 70 de 1993 o de las comunidades negras y otras que deben poner en la mesa la trascendencia de los rituales de la muerte en su contexto como afrocolombianos.

Pero así como la muerte y sus ritualidades se han convertido en escenario de crisis,





de fortalecimientos, de revitalizaciones, en los términos anteriores, por el lado del muy llamado patrimonio cultural, la muerte y sus ceremonias también han sido puestas en escena como producto, como destino, como curiosidad, como novedad, como una mercancía más para ofrecer en los destinos culturales, turísticos y gastronómicos, entre otros, a la luz de ser incluidas algunas de estas prácticas culturales en las “listas del ente rector de la cultura a nivel del mundo”. Quizás este sueño de la “patrimonialización”, ese deseo de las declaratorias de la Unesco sea solo una eventualidad y muestre un cambio en la mirada y en el análisis que de dichas ritualidades “patrimonializadas” pueden tenerse o permitirse.

So pretexto de tales “patrimonializaciones” así como de la indagación por los escenarios de los conflictos se ha buscado abordar el tema de los rituales de la muerte en la gente afrocolombiana y africana, lo que ha conducido a tocar ejes estructurales de esas comunidades en los que se anudan las ancestralidades de sus mayores a través de su responsabilidad y obligación de despedir sus difuntos con unas prácticas vivenciales y simbólicas.

Tan solo imaginemos las centenas de turistas interesados en los rituales de la muerte en los contextos afrocolombianos, con el prurito de conocer y sentir el “patrimonio cultural” de las comunidades colombianas provenientes de la diáspora africana. O pensemos, tanto en el escenario nacional, con la aplicación de leyes como la Ley 70 de 1993, la Ley de la Cultura o las leyes para la equidad y la inclusión, como en ámbito global, con los compromisos de los países con los entes mundiales de la gerencia de la cultura en materia de las convenciones y las legislaciones sobre el

patrimonio cultural inmaterial. Todo ello haciendo posible, con la coraza del patrimonio cultural, los enfrentamientos, las retenciones y las suspensiones y, a la vez, esa llamada curiosidad por el otro diferente: pensemos en la muerte como una de esas intimidades de la sociedad y de los seres humanos, vivida, por lo demás, en el caso de las sociedades africanas y afrocolombianas, desde ritualidades conmovedoras por su sentido identitario, ofertadas en las listas de opciones a ser vistas, sentidas y narradas como un producto más de las industrias culturales que conectan con el turismo cultural o el etnoturismo.

Urgen pues, en el territorio de las ceremonias alrededor de la muerte entre las poblaciones afrocolombianas, las reflexiones profundas sobre su sentido identitario y sobre el modo de avanzar en su fortalecimiento y en su salvaguardia, no propiamente para los “otros”, sino para su propia gente, con mecanismos que les permitan sobrevivir en medio de grandes líneas globales que inciden e interfieren en sus dinámicas, por un lado “exotizando” y exhibiendo estas prácticas como ofertas al mejor postor, o, por otro, desterrando y expulsando a estas culturas de sus tierras ancestrales hacia otras tierras en las que, ya en condición de desplazados, no cuentan con las condiciones básicas para el desarrollo de sus prácticas culturales, aun aquellas referidas a acompañar a los difuntos hacia los otros mundos.

**Ramiro Delgado Salazar** es Magíster del Colegio de México y profesor del Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia. Ha publicado numerosos textos sobre comidas y cultura y sobre identidades. Escribió este artículo para la *Agenda Cultural Alma Máter*.